XI

Escenas íntimas.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

Su padre, el Marqués de los Tomillares, le había dado por estrena de Año Nuevo un billete de quinientas pesetas guardado delicadamente en una carterita de brocado antiguo, y Pepita no había podido pegar los ojos en toda la noche, revolviendo en su imaginación tiendas enteras de trapos y frusleríias, por los que podría cambiar al otro día aquel preciado papelito, talismán á la moderna del hada de los caprichos.

Sedas, gasas y tules: un mar femenil, acariciador, con espumas de encajes, fué su pesadilla aquella noche; cambiantes de colores

como en fantástica danza serpentina, abigarrada procesión de muñequillos y de mil juguetes costosos, porcelanas de Sèvres y de Sajonia, búcaros de clarísimo cristal veneciano del célebre Salviati. Más de cien veces se vistió Pepita aquella noche con la imaginación: trajes de baile, trajes de paseo; repasaba cuanto había llamado su atención en amigas ó en figurines de periódicos, y se torturaba por inventar algo nuevo que lo sobrepujara todo; algo personal, algo suyo, como poesía ó como oración, algo que fuera al vestir su cuerpo delicado, como su cuerpo era á su alma, perfume exquisito de una flor invisible, alillas sutiles de una mariposa impalpable.

Porque Pepita era una criatura del Arte más que de la Naturaleza. El último figurín corporal de un arte decadente. Inspiración prerrafaelista; una virgen de *Fra-Angelico* modernizada por *Rosetti;* pero una virgen de inteligencia maliciosa, con una novela de *Bourget* por horario.

Al levantarse, después de noche tan agitada, corrió presurosa á su gabinete, su lindo camarín, alegre, luminoso, juvenil, de colores tenues.

¿Qué faltaba en él? ¿Con qué nuevo adorno podía fijar un nuevo capricho? Porque en él, con profusa variedad, veíase reflejada una vida de niña caprichosa. Allí los objetos de arte eran juguetes; los juguetes, reliquias. Lo poco útil disfrazábase como lujosa inutilidad. Una máquina de coser parecía un arca preciosa; con mango de plata el plumerito, parecía un regalo de cotillón. En cambio, una cajita de hierro y plata repujados, al descuido y abollada, guardaba hilos y agujas. En la habitación y en el pensamiento de Pepita flotaba, como en el mar, lo más ligero; lo sólido se perdía en el fondo. Por eso no había dormido en toda la noche; por eso parecía muy preocupada aquella mañana.

***

Enrique, hermano mayor de Pepita, *Hal*, como ella le llamaba en la intimidad: el primogénito de los Tomillares, Conde del Encinar, por cesión que le hizo su padre al volver de la Universidad de Deusto con su carrera de Leyes terminada, hallábase no menos preocupado que su hermana en aquel momento. Por regalo de Año Nuevo había decidido comprar un caballo para correr liebres. *Flash* estaba ya viejo y relajado de los riñones. Los compañeros inseparables de *Hal* por aquellos días eran *Jemmy*, el jefe de las cuadras del Duque de Cerinola; Austin, el jockey de fama universal, contratado para todo el año corriente por el Duque, y otras celebridades *hípicas* que pudieran asesorarle en paso tan decisivo como la compra de un *pur sang*.

Sobre las mesas y las sillas de su cuarto veíanse abiertos libros y folletos de consulta, franceses é ingleses: *El caballo y el caballero*, *Historia de los caballos célebres*, *El caballo de caza*, *El arte de comprar un caballo*, toda una biblioteca. *Jemmy* le aconsejaba la compra de un anglo-árabe de magnífica estampa y jarretes de acero; pero el pelo era tordo, tordo rodado, y *Hal* acariciaba en su imaginación la idea de un alazán tostado, *chestnut*, y para él no había caballo posible con otro pelo.

Por la tarde, al volver de paseo, entró la Marquesa en la habitación de su hija. Pepita había salido á pie con el aya, y de vuelta, cambiaba de traje por cuarta vez para la comida.

—¿Sabes á quién he visto esta tarde? A Carlos, el hijo de los Santa-Clara. Ha vuelto de Alemania. Me ha preguntado por ti. Dice que se acuerda mucho del verano que pasamos juntos en Biarritz. ¿Tú te acuerdas de Carlos?

—Sí; entonces estaba muy delgado.

—Ahora viene muy grueso y muy *chic*. Como á hijo único, le habían criado en es-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

tufa; le ha convenido mucho el viaje para desentumecerse. Mañana le verás; me dijo que pensaba venir á verte y le he convidado á comer. Vendrá con su madre. Ponte el vestido rosa mañana; no vayas á presentarte de señora casada, como acostumbras. ¡Qué afición á envejecerse! Bueno que para la calle y para paseo te vistas lo más serio posible... pero en casa...

—Descuida, mamá; mañana no tendrás queja. *Je serai en beauté y en jeuneuse*. Pero... ¿no se trata de una nueva conspiración, no se atenta á mi libertad? Porque entonces me visto de luto.

—¡Qué chiquilla! Tu madre no conspira desde la Restauración. Esas cosas vienen por sus pasos contados.

—Pues apunto uno... Primer paso, comida... de vistas.

—¡Qué tonta! De vistas, bueno; tú ves... y estudias.

—Estudiaré... Oye... Por lo menos el libro

está bien encuadernado. *Chic, ¿n'est pas? Mais, ¿du vrai?*

—Pregúntale á tu hermano.

***

A los cinco minutos estaba Pepita en la habitación de *Hal*, cada vez más preocupado con su alazán. Tanto, que Pepita no hallaba pretexto para preguntarle lo que la interesaba. Por fin lo encontró:

—Carlos es muy entendido en caballos. ¿Porqué no consultas con él?

—Si no le he visto desde que ha llegado.

—Mañana come con nosotros. Me lo ha dicho mamá. ¿Hace mucho tiempo que no has visto tú á Carlos?

—Tanto como tú.

—¿Y qué te parecía?

—Le he tratado muy poco.

—Es que yo ni me acuerdo de su cara. ¿Es más bien rubio, verdad?

—Alazán... *chesnut*. Espera; por aquí debo tener un retrato suyo... Ahí en el *paravent*.

—¿Es este?

—No. ¡Qué espanto! Ese es *Jemmy*.

—¿El cochero de Federido Cerinola? ¡Es gracioso! Parece un *gentleman*...

—Este, este es Carlos. Es un retrato antiguo. Oye, Pepita: ¿es que mamá piensa en algo?

—¡Qué sé yo!

—Soplan vientos matrimoniales. También yo estoy convidado á comer en casa de Conchita Sobradó.

—*¡Poor Hal!*

—¿No te gusta Conchita?

—*Pas chic*. ¿Sabes? Se viste como todo el mundo; no sabe más que copiar lo que ve. Un día, es Rosario Cerinola... otro, Lolita Santonja... otro, me copia á mí. Lo último que ve. Es de las que dicen á la modista: «Un traje como el último que ha hecho ustad á *Fulanita*.» Si se enamora de ti ya sé

porqué será... Porque te ha llevado mucho tiempo Julia Acevedo, que es su modelo favorito.

—¡Tiene gracia!

* * *

Por la noche ya había decidido Pepita en qué había de gastar las quinientas pesetas. Un abrigo precioso para patinar en el *skating* de los Cerinolas. Enrique había cerrado el trato de compra. Por fin transigía con el pelo tordo.

En las probabilidades de sus bodas respectivas no volvieron á pensar, y aquella noche Pepita durmió ocho horas, y Enrique... Enrique no durmió en toda la noche, porque era muy entrada la mañana cuando vino á acostarse. Porque su futura era rubia, y Enrique estaba por el alazán tostado.